

TONY JUDT

Europa vs. EEUU

Con motivo de la política de guerra preventiva estadounidense que llevó a la guerra en Irak, se agudizaron las diferencias entre EEUU y Europa. Unas diferencias que trascienden los principios de política exterior y alcanza a los valores y formas de organización social. Tony Judt reflexiona sobre las diferencias entre EEUU y Europa en un completo y afilado análisis en el que también recoge y valora las principales ideas al respecto de otros influyentes intelectuales.

Piensen en una taza de café americano. Pueden encontrarla en cualquier parte. Cualquiera puede hacerla. Es barata... y te sirven más gratis. Como no tiene mucho sabor, se puede diluir a gusto de cada uno. Su tamaño compensa su falta de atractivo. Es el método más democrático que se ha inventado para introducir cafeína en el ser humano. Ahora tomen una tacita de café exprés italiano. Requiere un equipo caro. La relación precio-volumen es abusiva, y sugiere indiferencia hacia el consumidor e ignorancia del mercado. La satisfacción estética que acompaña a la bebida excede con mucho sus efectos en el metabolismo. No es una bebida, es un artefacto.

Este contraste puede representar las diferencias entre EEUU y Europa, diferencias que hoy día se reivindican con mayor frecuencia y no poca acritud a ambos lados del Atlántico. Las críticas mutuas son familiares. Para los comentaristas estadounidenses, Europa está “estancada”. Sus trabajadores, empleadores y regulaciones carecen de la flexibilidad y adaptabilidad de sus homólogos estadounidenses. Los costes de las prestaciones sociales y servicios públicos europeos son “insostenibles”. Las poblaciones envejecidas y “mimadas” de Europa son poco productivas y están satisfechas de sí mismas. En un mundo globalizado, el “modelo social europeo” es un espejismo condenado al fracaso. Esta conclusión es típica incluso entre los observadores estadounidenses “liberales”, que sólo se diferencian de los críticos conservadores (y neoconservadores) en que no sienten ningún placer en ello.

Sin embargo, para un número cada vez mayor de europeos, es EEUU el que tiene problemas y el “estilo de vida estadounidense” el que no se puede sostener. La búsqueda estadounidense de la riqueza, el tamaño y la abundancia –como sustitutos materiales de la felicidad– es estéticamente desagradable y ecológicamente catastrófico. La economía estadounidense está hecha de arena (o, para ser más precisos, del dinero de otros). Para muchos estadounidenses, la promesa de un futuro mejor es una esperanza que se apaga. La cultura de masas contemporánea

Tony Judt es director del Remarque Institute de la Universidad de Nueva York

Traducción: Berna Wang

en EEUU es sórdida y ampulosa. No resulta extraño que muchos estadounidenses recurran a la iglesia en busca de consuelo.

Estas percepciones constituyen la auténtica distancia atlántica e indican que algo ha cambiado. En las últimas décadas se asumía convencionalmente –con satisfacción o pesar– que Europa y EEUU estaban convergiendo en un único modelo “occidental” de capitalismo tardío, con EEUU en cabeza, como siempre. La lógica de la escala y el mercado, de la eficiencia y el beneficio, acabaría ineludiblemente con las variaciones locales y limitaciones culturales heredadas. La americanización (o globalización; ambos términos se consideraban sinónimos) era inevitable. La mejor esperanza –en realidad, la única– para los productos y prácticas locales era que fueran engullidas por el torbellino global y empaquetadas de nuevo como artículos “internacionales” para consumo universal. Así, un producto arquetípicamente italiano –el café exprés– viajaría a EEUU, donde se transformaría de preferencia de la élite en producto popular, y después una cadena comercial estadounidense lo volvería a empaquetar y lo vendería a los europeos.

Pero algo no funciona en esta historia. No se trata sólo de que Starbucks se haya encontrado una resistencia inesperada en el extranjero al moka-doble-descafeinado-con-leche-desnatada-y-canela (salvo, lo que es revelador, en el Reino Unido), o que los europeos políticamente motivados abjuren de los productos notoriamente estadounidenses. Cada vez es más patente que EEUU y Europa no son paradas obligadas de una cadena de producción histórica en la que los europeos deben esperar heredar o reproducir la experiencia estadounidense una vez transcurrido el periodo de tiempo adecuado. En realidad, son lugares totalmente distintos, que muy posiblemente se mueven en direcciones divergentes. Incluso hay personas –incluidos los autores de dos de los libros que se reseñan– para las cuales no es Europa, sino EEUU, el que está atrapado en el pasado.

Las peculiaridades culturales de EEUU (vistas desde Europa) están bien documentadas: la fuerte religiosidad de la nación, su lascivia selectiva,¹ su afición a las armas de fuego y a las prisiones (la UE tiene 87 reclusos por cada 100.000 habitantes; EEUU, 685). Como dice T.R. Reid en *The United States of Europe*: “Sí, los estadounidenses erigen enormes carteles que dicen ‘ama a tu prójimo’, pero asesinan y violan a sus prójimos en proporciones que escandalizarían a cualquier nación europea”. Pero son las curiosidades de la economía estadounidense, y sus costes sociales, lo que ahora llama la atención.

Los estadounidenses trabajan mucho más que los europeos: según la OCDE, un empleado típico estadounidense trabajó 1.877 horas en el 2000, frente a las 1.562 de su homólogo francés. Un estadounidense de cada tres trabaja más de cincuenta horas semanales. Los americanos tienen menos vacaciones pagadas que los europeos. Mientras que los suecos disfrutaban de más de treinta días de vacaciones pagadas al año, e incluso los británicos tienen como media veintitrés

¹ La cadena de televisión estadounidense que emitió recientemente una fugaz visión de la anatomía de Janet Jackson fue vilipendiada por su desvergonzado mal gusto; pero la avalancha de anuncios publicitarios de productos concebidos para mejorar la potencia masculina que lo acompañó apenas recibió comentarios. El pecho de la mujer, según parece, puede corromper el núcleo de la moral de una nación, pero los penes con disfunciones son saludables y aptos para toda la familia.

días, los estadounidenses pueden esperar algo comprendido entre cuatro y diez días, dependiendo del lugar donde vivan. El desempleo en EEUU es inferior que en muchos países europeos (aunque teniendo en cuenta que los americanos sin trabajo pierden enseguida su derecho al subsidio de desempleo y son eliminados de los registros, estas estadísticas podrían ser engañosas). Parece que EEUU es mejor que Europa en la creación de empleo. Así, hay más adultos estadounidenses trabajando y trabajan mucho más que los europeos. ¿Qué obtienen a cambio de sus esfuerzos?

Poca cosa, salvo que sean adinerados. EEUU es un lugar excelente para ser rico. En 1980, el presidente de una empresa estadounidense ganaba, como media, cuarenta veces más que un obrero. Para el nivel superior de los presidentes de empresa estadounidenses, la proporción actual es de 475 a 1, y sería mucho más elevada si se tuvieran en cuenta también las ventajas, y no sólo los ingresos. En comparación, en Gran Bretaña la proporción es de 24 a 1; en Francia, de 15 a 1; en Suecia, de 13 a 1.² Una minoría privilegiada tiene acceso a los mejores tratamientos médicos del mundo, pero hay 45 millones de estadounidenses que no tienen ningún seguro médico (de los países desarrollados del mundo, sólo EEUU y Suráfrica no ofrecen cobertura médica universal). Según la Organización Mundial de la Salud, EEUU ocupa el primer puesto en gastos de salud per cápita... y el 37º en calidad de servicio.

Como consecuencia, los estadounidenses viven menos que los europeos occidentales. Sus niños tienen más probabilidades de morir en la primera infancia: EEUU es el 26º de las naciones industriales en mortandad infantil, un índice que duplica el de Suecia, superior al de Eslovenia y sólo un poco más elevado que el de Lituania; y ello pese a que invierte el 15% del producto interior bruto (PIB) en “atención médica” (gran parte de la cual está destinado a gastos administrativos de redes privadas comerciales). Suecia, por el contrario, dedica sólo el 8% de su PIB a la salud. El panorama educativo es muy similar. En total, EEUU gasta mucho más en educación que los países de Europa Occidental; y tiene, con diferencia, las mejores universidades de investigación del mundo. Pero un estudio reciente indica que por cada dólar que EEUU invierte en educación, obtiene peores resultados que cualquier otra nación industrial. Los niños estadounidenses tienen sistemáticamente un rendimiento inferior que los europeos tanto en lengua como en cálculo.³

Muy bien, podrían concluir. Los europeos son mejores –más justos– en el reparto de los bienes sociales. No es nada nuevo. Pero no puede haber bienes ni servicios sin riqueza, y si hay algo en lo que indudablemente el capitalismo estadounidense es bueno, y en lo que los europeos, con tanto tiempo libre y tan indulgentes consigo mismos, tienen que mejorar, es en la creación dinámica de riqueza. Pero esto no es nada evidente hoy día. Los europeos trabajan menos, pero cuando trabajan, parecen aprovechar mejor el tiempo. En 1970, el PIB por hora en

*EEUU gasta
mucho más en
educación
que los países
de Europa
Occidental,
pero obtiene
peores
resultados
que cualquier
otra nación
industrial*

² Ver Robin Blackburn, *Banking on Death: Or, Investing in Life: The History and Future of Pensions*, Verso, Londres, 2002, p. 201, tabla 3.2.

³ Para el informe del PISA (Proyecto Internacional para la Producción de Indicadores de Resultados Educativos de los Alumnos, por sus siglas en inglés) del 2003, publicado por la OCDE el 6 de diciembre de 2006, en: www.pisa.oecd.org

la UE era un 35% inferior al de EEUU; hoy, la diferencia es de menos del 7% y se reduce con rapidez. La productividad por hora de trabajo en Italia, Austria y Dinamarca es similar a la de EEUU; pero este es superado ahora claramente en esta medida clave por Irlanda, los Países Bajos, Noruega, Bélgica, Luxemburgo, Alemania... y Francia.⁴

La antigua ventaja de EEUU en salarios y productividad –regalos tanto del tamaño como de la ubicación y la historia– parece desaparecer poco a poco, con las consecuencias que conlleva para el dominio de EEUU en la escena empresarial internacional. La economía moderna estadounidense no sólo está en manos de los bancos internacionales, con una deuda externa de 3,3 billones de dólares (el 28% del PIB); también está cada vez más en manos extranjeras. En el año 2000, la inversión directa europea en EEUU superó a la de EEUU en Europa en casi dos quintas partes. Entre las decenas de emblemáticas empresas y productos “americanos” que ahora son propiedad de los europeos figuran Brooks Brothers, DKNY, Random House, los cigarrillos Kent, el jabón Dove, Chrysler, Bird’s Eye, Pennzoil, Baskin-Robbins y Los Angeles Dodgers.

Los europeos parecen incluso ser mejores en la creación de pequeñas y medianas empresas. Hay más pequeñas empresas en la UE que en EEUU, y crean más empleo (el 65 de los empleos europeos en 2002 estaban en pequeñas y medianas empresas, frente a sólo el 46% en EEUU). Y cuidan mucho mejor a sus trabajadores. La Carta de los Derechos Fundamentales de la UE promete el “derecho a un permiso pagado por maternidad y a un permiso parental con motivo del nacimiento o de la adopción de un niño” y todos los países de Europa Occidental prevén el pago del salario durante dicho permiso. En Suecia las mujeres tienen 64 semanas de permiso y reciben dos tercios de su salario. Hasta Portugal garantiza un permiso de maternidad de tres meses con un 100% del salario. El gobierno federal de EEUU no garantiza nada. Como dice Valgard Haugland, ministro democristiano noruego para la infancia y la familia: “A los estadounidenses les gusta hablar de los valores familiares. Nosotros hemos decidido hacer algo además de hablar; usamos los ingresos fiscales para pagar los valores familiares”.

Pero, pese a los impedimentos burocráticos y fiscales para la producción de los que tantos se quejan, los europeos parecen arreglárselas bastante bien.⁵ Y, desde luego, el Estado del bienestar no es sólo un valor en sí mismo. Como dice el economista Nicholas Barr, de la London School of Economics, es “un mecanismo de eficiencia contra las deficiencias del mercado”:⁶ un impedimento prudencial

⁴ Ver Andrew Sharpe, tabla 2 del apéndice, “Output per House Levels in the OECD Countries Relative to the United States” para 2003; Centre for the Study of Living Standards, *International Productivity Monitor*, N° 9 (Otoño de 2004), en www.csls.ca/ipm/9/sharpe-tables.pdf.

⁵ Obsérvese también que la subida constante del coste de los seguros médicos privados en EEUU representa para las empresas de ese país al menos la misma carga que la que representan los impuestos sociales y los privilegios de las prestaciones sociales para sus homólogos europeos... al mismo tiempo que no proporcionan ninguno de los beneficios sociales que conllevan.

⁶ Katrin Benahold, “Love of Leisure, and Europe’s Reasons,” *The New York Times*, 29 de julio de 2004.

frente a los riesgos sociales y políticos de la desigualdad excesiva. Fue Winston Churchill quien declaró en marzo de 1943 que “no hay mejor inversión para cualquier comunidad que dar leche a los bebés”. Para sus autoproclamados discípulos de la América contemporánea, sin embargo, esto apesta a “prestación social”. En los EEUU de hoy, el 1% de los más ricos tiene el 38% de la riqueza y la redistribuyen para beneficiarse aún más. Mientras tanto, un adulto estadounidense de cada cinco vive en la pobreza, frente a uno de cada quince en Italia.⁷ Los beneficios ya ni siquiera gotean. Para muchos extranjeros hoy esta es una visión claramente poco atractiva: el “estilo americano de vida” ya no vale nada. Como modelo económico, EEUU no es reproducible.⁸ Como modelo social ofrece pocas cualidades que compensen. Recuerda las mordaces reflexiones de Oliver Goldsmith sobre una era anterior de codicia privada e indiferencia pública: “Enferma está la tierra, presa de apresurados males, donde la riqueza se acumula y los hombres disminuyen.”⁹

El debate intelectual

Esto es lo que argumentan Jeremy Rifkin y T.R. Reid. Rifkin es el más ambicioso de los dos, demasiado incluso: su libro, *El sueño europeo*,¹⁰ está repleto de esfuerzos para resumir todo, desde la historia de la iglesia hasta la filosofía de la Ilustración, todo para demostrar que es la individualista América la que está atrapada en el tiempo y la cooperativa Europa la que representa el futuro. Creo que básicamente está en lo cierto; pero su argumentación sólo puede resultar perjudicada por los ingenuos resúmenes de “La gestación de la burguesía” o “El nacimiento de un Estado-nación”, así como por la burda y reduccionista exposición del materialismo estadounidense y la mezcolanza de alusiones poco acertadas a la teoría del caos, la “gran cadena del ser”, Hobbes, Descartes, Hegel y las leyes de crecimiento.

El sueño europeo no es un mal libro, como han insinuado algunos críticos, y tiene algo importante que decir. De la América contemporánea, escribe Rifkin: “Contando únicamente con nuestro fervor religioso al que aferrarnos, nos hemos convertido en un ‘pueblo elegido’ sin una narrativa, lo que convierte a América en un lugar más peligroso y solitario en potencia.”

⁷ A tenor de la definición de la OCDE de ingresos familiares, menos del 50% de los ingresos personales medios de la nación.

⁸ Atractivo o no, el modelo económico estadounidense nunca se podría reproducir en ningún otro lugar. Los americanos son los consumidores mundiales de último recurso. Pero sus déficits nacionales en presupuesto y cuenta corriente están alcanzando niveles sin precedentes. El dólar, que se hunde, sólo lo sostienen la voluntad de los extranjeros: los estadounidenses gastan actualmente el dinero de otros en productos de otros. Si EEUU fuera cualquier otro país, estaría ya en las implacables manos del Fondo Monetario Internacional.

⁹ *The Deserted Village* (1770).

¹⁰ Ver la reseña de este libro en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, p. 153.

La Unión Europea es el producto de décadas de negociaciones de políticos europeos occidentales que buscaban promover sus intereses nacionales y sectoriales

Pero el libro habría sido mucho mejor en conjunto si Rifkin se hubiera ceñido a lo que sabe y no hubiera intentado con tanto ahínco decir algo “importante”.

T.R. Reid es periodista y su exposición de la superioridad europea, que abarca gran parte del mismo territorio que la de Rifkin, es más breve, aguda y legible, y menos pretenciosa. Tiene algunas estampas divertidas: en concreto, las de inocentes americanos –Jack Welch, George W. Bush (y más recientemente Bill Gates)– atrapados en un mundo feliz de regulaciones europeas que no pueden entender ni ignorar. Y Reid, al igual que Rifkin, demuestra con mucha eficacia por qué la Unión Europea, con sus poderes reguladores, su riqueza y su ejemplo institucional, es un lugar que los estadounidenses tienen que tomarse muy en serio en las próximas décadas.

Pero, aunque sus libros son oportunos, ninguno de los dos autores dice nada muy nuevo. Su lista crítica de detalles sobre EEUU es familiar para los europeos: fue en 1956 cuando Jimmy Porter, en *Mirando hacia atrás con ira*, de John Osborne, observó sardónicamente que “vivir en la era americana es bastante deprimente... salvo que, desde luego, seas americano”, y de una forma u otra esta idea se repite desde hace décadas hasta la actualidad. Pero sólo porque hay algo que va muy mal en EEUU hoy, y hay algo no menos intuitivamente atractivo en el pacto social europeo, no nos da derecho a contar cuentos de hadas.

Cualquiera que busque en estos libros un relato de los orígenes de la UE irá por mal camino. Reid y Rifkin se desviven elogiando a los padres fundadores de Europa por su previsión y sabiduría al guiar a Europa hasta su prestigio actual. Según Reid, en “los años que siguieron a la Declaración de Schuman, el Movimiento Europeo tomó el continente por asalto”. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero fue un “éxito económico apoteósico”. Rifkin va más allá aún: Europa, escribe, es “un gigantesco y audaz laboratorio experimental para replantearse la condición humana...”.

Estas afirmaciones son absurdas.¹¹ La Unión Europea es lo que es: el producto en gran medida no deliberado de décadas de negociaciones de políticos europeos occidentales que buscaban hacer valer y promover sus intereses nacionales y sectoriales. Ese es parte de su problema: es un compromiso a escala continental, diseñado literalmente por cientos de comités. En realidad, esto hace que la UE sea más interesante y en algunos aspectos más impresionante que si fuera la mera encarnación de algún proyecto utópico incuestionado. En este sentido, parece una tontería escribir, como hace Rifkin, sobre lo horroroso de las “extensiones de casas, todas iguales” como otro síntoma más de la mediocridad americana sin reconocer los propios adefesios europeos. Este hombre nunca ha mirado la barbarie urbana de Sarcelles, una ciudad dormitorio de la posguerra del norte de

¹¹ Como lo es la calificación que hace Reid de David Beckham, al que considera el “Michael Jordan de Europa”. Beckham es un futbolista competente con un peinado de primera y una esposa célebre. Nunca habría destacado en la época de Pele, Johann Cruyff o Ferenc Puskas. Su importancia en las páginas de deportes europeos ilustra el poder del marketing transcontinental, pero en este y en otros aspectos, Beckham no es más que un deprimente monumento al espíritu de nuestro tiempo: es, en palabras de Camus, un “prophète vide pour temps médiocre”. La analogía pertinente no es Michel Jordan, sino Dennis Rodman.

París; no ha muerto un poco en Milton Keynes; y ha evitado los suburbios más alejados de la moderna Milán. Reid tiene razón en insistir en que Europa tiene las mejores carreteras, los trenes más rápidos, los billetes de avión más baratos. Y sí, la UE está realmente más cerca, como dice Rifkin, “del pulso de los cambios que están transformando el mundo en una sociedad globalizada”. Pero no es en absoluto perfecto.

De hecho, Europa afronta problemas reales. Pero no son los que cuentan los críticos del libre mercado estadounidenses con tan macabro júbilo. Sí, la Comisión Europea hace el ridículo periódicamente, aspirando a regularizar el tamaño de los preservativos y la curvatura de los pepinos. El tan cacareado Pacto de Estabilidad para limitar los gastos y las deudas nacionales se ha desmoronado en acritud, aunque sin perjuicios apreciables para el euro, para cuya protección estaba concebido. Y las pensiones y otras prestaciones sociales sufrirán graves recortes de financiación a menos que los europeos tengan más hijos, acojan a más inmigrantes, trabajen algunos años más antes de jubilarse, perciban indemnizaciones por desempleo menos generosas y faciliten que las empresas contraten a jóvenes. Pero estos no son defectos estructurales profundos del estilo de vida europeo: son opciones políticas difíciles con consecuencias políticas, y ninguna de ellas implica el desmantelamiento del Estado del bienestar.¹²

Los verdaderos dilemas de Europa son otros. En los Países Bajos, en París y Amberes y otras ciudades, el antagonismo y la incompreensión entre la población indígena local y una minoría de musulmanes que crece con rapidez (un millón en los Países Bajos, más de cinco millones en Francia, quizá 13 millones en la UE hasta la fecha) ya ha pasado de los grafitis y las zonas prohibidas a los incendios provocados, las agresiones y los asesinatos. Los turcos, marroquíes, tunecinos, argelinos y otros están llegando a Europa Occidental desde los años sesenta. Ahora vemos el nacimiento de una tercera generación: en su mayoría sin empleo, airados, alienados, y cada vez más abiertos al atractivo comunitario del islam radical.¹³

Durante casi cuatro décadas, los políticos europeos de la corriente dominante han hecho oídos sordos a todo esto: al impacto de las viviendas segregadas de hecho; a comunidades no integradas y aisladas; y a la creciente oleada de votantes blancos, temerosos y resentidos, convencidos de que el barco estaba “lleno”. Han hecho falta un Jean-Marie Le Pen, el político holandés asesinado Pim Fortuyn, y un tropel de partidos demagógicos y antiinmigrantes desde Noruega hasta Italia para que los europeos se despierten y vean esta crisis... y no presagia nada

¹² En cualquier caso, el actual endeudamiento de EEUU hipoteca el futuro al menos igual que los compromisos con el bienestar de Europa. Y los americanos que señalan el déficit europeo en las pensiones deberían recordar que si United Airlines, General Motors o cualquier otra empresa medio solvente abandonase sus compromisos de pensiones, imposibles de financiar, serían los contribuyentes de EEUU quienes cargarían con el muerto.

¹³ Para una exposición exhaustiva y bastante más optimista sobre el caso francés, ver Herman Lebovics, *Bringing the Empire Back Home: France in the Global Age*, Duke University Press, Durham, 2004.

bueno que la respuesta de todos, desde Tony Blair hasta Valéry Giscard d'Estaing, haya sido gritar "¡devastación!" y alzar el puente levadizo.

Porque el otro problema que afronta Europa, y los dos están, desde luego, relacionados, es la presión que sufren sus fronteras exteriores. La Unión Europea es casi demasiado atractiva para su propio bien; a diferencia de EEUU, que disgusta a muchos por lo que hace, la UE atrae sólo por lo que es. Los refugiados y los inmigrantes ilegales de medio África se ahogan periódicamente en sus desesperados esfuerzos por cruzar el Estrecho de Gibraltar o desembarcan en las islas más meridionales de Italia, o en cualquier lugar al que consigan llegar sanos y salvos, sólo para ser embarcados de vuelta. Turquía llevaba casi cuarenta años intentando ser admitido en el club europeo hasta que el mes pasado se aceptó (a regañadientes) su solicitud. La mejor esperanza de Ucrania para un futuro democrático estable está dentro de Europa; o al menos en la perspectiva de llegar ahí algún día, lo que reforzaría en gran medida el poder de Viktor Yushchenko y sus partidarios tras su reciente victoria. Y lo mismo cabe decir de los Estados de la antigua Yugoslavia. Pero, aunque Bruselas es muy consciente de los riesgos que conlleva ignorar a África o dejar que Ucrania o Bosnia se enconen a sus puertas –y mucho menos arrojar a 70 millones de musulmanes turcos al redil del islam radical–, los líderes europeos están muy preocupados ante la perspectiva (y el coste) de comprometer a la UE a ampliarse hasta las fronteras con Asia.

Estos son desafíos reales para Europa. La UE podría ser, como sugieren Reid y Rifkin, un luminoso modelo de cooperación, justicia y armonía entre Estados.¹⁴ Pero no será fácil para la UE integrar sus minorías étnicas y religiosas, regular la inmigración o admitir a Turquía en condiciones factibles.¹⁵ Pero, si no gestiona bien la crisis permanente en sus fronteras orientales y meridionales, Europa va a tener serias dificultades. Y esa, y no ninguna especie de antiamericanismo o envidia atávicos, es la razón por la que muchos europeos razonables y sus líderes están totalmente enfurecidos con el presidente George W. Bush.

Para el Gobierno de Bush, "el islam" es una abstracción, el objeto políticamente utilizable de lo que los entendidos de Washington llaman ahora "guerra global contra el terror". Para EEUU, Oriente Medio es un lugar lejano, un sitio cómodo a donde exportar los problemas de América y no tener que abordarlos en la "patria". Pero Oriente Medio está en el "exterior próximo" de Europa, además de ser un importante socio comercial. Desde Tanger hasta Tabriz, Europa está rodeada por "Oriente Medio". Un número cada vez mayor de europeos procede de este Oriente Medio. Cuando la UE comience las conversaciones sobre la incorporación con

¹⁴ Tal vez no tan armonioso: los líderes europeos occidentales ya se están preguntando por qué deben hacer generosas transferencias presupuestarias a nuevos miembros como Eslovaquia, sólo para que ésta utilice estas subvenciones para contener sus impuestos locales de sociedades y robar así empresas y fábricas a sus colegas occidentales, más caros.

¹⁵ El dilema turco es complejo, y los bienintencionados liberales europeos pueden encontrarse en ambos lados del debate. Para un resumen sensible y convincentemente razonado de los argumentos a favor de mantener Turquía a cierta distancia, Ver la entrevista con Robert Badinter, ex ministro francés de Justicia y veterano eurófilo, en *Le Figaro*, 13 de diciembre de 2004.

Turquía, estará anticipando su propia inserción en Oriente Medio. La estrategia de EEUU de enfrentamiento global con el islam no es una opción para Europa: es una catástrofe.

EEUU, el mundo exterior y Europa

Timothy Garton Ash probablemente no discreparía mucho del anterior análisis. De hecho, en su interesante nuevo libro va más lejos que Rifkin y Reid en ciertos aspectos. Como ciudadano internacional, señala, EEUU es un delincuente irresponsable. La UE entregó 36.500 dólares en ayuda al desarrollo en 2003. EEUU dio sólo un tercio de esa cantidad; y gran parte de esa ayuda exterior estaba destinada a Israel o imponía condiciones: casi el 80% de toda la “ayuda al desarrollo” estadounidense obliga a los receptores a invertir el dinero en bienes y servicios estadounidenses. Sólo en Irak, EEUU gastó ocho veces la cantidad que entregó en ayuda exterior al resto de los países del mundo. EEUU es el más tacaño de los países ricos del Comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE. Los europeos son los más generosos con diferencia.

Hay más. EEUU tiene sólo el 5% de la población mundial (y está descendiendo), pero es responsable del 25% de las emisiones anuales de gases de invernadero del mundo. Cada año nuestra atmósfera tiene que absorber veinte toneladas métricas de dióxido de carbono por cada hombre, mujer y niño estadounidense; sólo nueve toneladas por cada europeo. Y la proporción estadounidense sigue aumentando, pese a lo cual el Gobierno de Bush bloquea cualquier medida internacional contra la contaminación o el calentamiento global. Las verdaderas armas de destrucción masiva, según Garton Ash, son la pobreza global y la incipiente catástrofe medioambiental. En estas auténticas amenazas para nuestra civilización común, el historial de la Unión Europea es llamativamente superior. Garton Ash mira con divertido desdén a los expertos estadounidenses contemporáneos, los “terribles simplificadores” que con tanta labia hablan de Marte y Venus o del Choque de Civilizaciones. Pero es totalmente implacable con la despreocupada indiferencia del actual titular de la Casa Blanca: “Se decía de la antigua Roma que el emperador Nerón tocaba el violín mientras se incendiaba la ciudad. En la nueva Roma, el presidente tocaba el violín mientras se incendiaba la Tierra.”

Al mismo tiempo, el Mundo Libre no es en absoluto otra crítica más de América. Timothy Garton Ash conoce Europa; o, más bien conoce las muchas Europas diferentes, la variable geometría de peleas e intereses y alianzas que limitan la capacidad de la UE para hacerse notar en la política mundial. Comparte el generalizado recelo inglés hacia los daños que pueden hacer los franceses. Y compensa sus observaciones sobre EEUU con algunos disparos bien dirigidos contra el Fondo Agrario Común, señalando que aunque en el año 2000 la UE donó 8 dólares per cápita al África Subsahariana, consiguió reservar, en forma de subvenciones, 913 dólares para cada vaca en Europa.

Pero, pese a todo eso, Garton Ash se muestra muy optimista tanto con Europa como con EEUU. Lo más sorprendente es que es optimista –incluso un poco irónico, o así me lo parece– sobre el futuro de la alianza occidental. En parte, por cier-

to, por lo que considera una necesidad urgente: Occidente debería dejar de pelearse y encontrar una forma de trabajar juntos para el bien común, porque sólo quedan veinte años para que China (y después la India) se convierta en una gran potencia y las narcisistas diferencias menores entre Europa y América desaparecerán: “En una perspectiva histórica más a largo plazo, esta podría ser nuestra última oportunidad de establecer la agenda de la política mundial.”

Esta agenda, según Garton Ash, es dejar de lado las recientes peleas y “reinventar” el Occidente posterior a la guerra fría como ejemplo y defensor de la libertad: libertad frente a la necesidad, libertad frente al miedo, libertad frente a la opresión humana y ecológica (el capítulo sobre pobreza global y riesgo medioambiental se titula, reveladoramente, “Los nuevos Ejércitos Rojos”). Los ecos rooseveltianos no son una coincidencia: en realidad, Garton Ash está pensando en una nueva Alianza Atlántica y no es casual que Winston Churchill ocupe un lugar destacado en su razonamiento. Este es un libro muy británico. La elección entre Europa y América se presenta como algo que los británicos entienden mejor que nadie (porque la viven desde hace sesenta años); la reconciliación atlántica es, por tanto, algo en lo que Londres –incómodamente encaramado en el borde de la Europa continental y mirando de reojo todo el tiempo a Washington– está en la mejor posición para contribuir a lograr.

Pero, ¿es Gran Bretaña realmente, como escribe Garton Ash, un “sismógrafo” o “termómetro” de las relaciones entre europeos y estadounidenses? Es cierto que en la actualidad el Reino Unido logra al mismo tiempo ser parte de la Unión Europea y manifestar algunos de los aspectos más rancios de la cultura comercial estadounidense, pero dudo de que Garton Ash esté pensando en esto. Por el contrario, parece que considera que Londres desempeña el papel de suavizar los daños provocados por el unilateralismo estadounidense por una parte, y el “eurogaullismo” por otra (“la versión de Chirac del eurogaullismo no lleva a ninguna parte”). Su ideal es un “euroatlantismo” de mentalidad internacional, que encarna Tony Blair: “Tony Blair ha captado y articulado este interés, papel y oportunidad nacionales británicos mejor que ninguno de sus predecesores”. Naturalmente, Garton Ash apenas puede negar que Blair ha eludido hasta ahora el desafío de convencer de las bondades de la Constitución Europea a una escéptica opinión pública británica. Y no creo que albergue ilusiones sobre la “relación especial”. Pero aun así, insiste en que Gran Bretaña tiene este papel vital que desempeñar para salvar la separación del Atlántico.

En mi opinión, es una afirmación muy curiosa. Tony Blair es un táctico político con una pequeña y lucrativa actividad suplementaria como moralizador a medida.¹⁶ Pero sus aventuras internacionales han alejado a Gran Bretaña de muchos de los demás miembros de la UE sin obtener ninguna influencia sobre Washington, donde las visitas del primer ministro británico son ejercicios de inutilidad y humillación. Sí, en ciertos aspectos el Reino Unido de hoy tiene verdaderas afini-

¹⁶ En el último congreso del Partido Laborista, en lugar de intentar defender sus razones para ir a la guerra en Irak, Blair se limitó a informar a la audiencia de que “creía” que debían compartir su “fe”, y que en cualquier caso (como Martín Lutero: “Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa”), no iba a ceder.

dades con EEUU: la escala de la pobreza en Gran Bretaña, y la diferencia de ingresos entre ricos y pobres, han aumentado constantemente desde los años setenta y están más cerca de las de EEUU que las de ningún otro país de Europa Occidental. La tasa de productividad por hora británica está muy por debajo de la mayoría de las de Europa Occidental. Sin embargo, se suponía que el Nuevo Laborismo iba a combinar lo mejor del modelo social europeo con el espíritu emprendedor estadounidense: el propio Garton Ash reconoce que no lo ha logrado del todo.¹⁷

El mundo libre subestima el desafío al que se enfrentan los británicos –y otros europeos– que tratan de atraer de nuevo a EEUU a algún proyecto internacional común más allá de la “guerra global contra el terror”. Timothy Garton Ash tiene razón en insistir en que hay en EEUU algo más que neoconservadores y republicanos que no saben nada de nada, y que su actual predominio pasará. Pero su libro trata del aquí y el ahora. Por tanto, no podemos ignorar que la gente que hace la política en Washington no está interesada en leer la “Declaración de Interdependencia” de Timothy Garton Ash. Lo último que desean es una “iniciativa común” en Oriente Medio. Y no les podrían importar menos sus “Nuevos Ejércitos Rojos”. Sí: por su propio interés, “América debería querer que Europa sea un freno y un contrapeso benignos de su propio hiperpoder solitario”. Es un buen consejo. Pero nadie en el poder está escuchando.

Los gabinetes estratégicos de Washington presionan contra cualquier presencia internacional europea consolidada; en las palabras de David Frum, miembro del American Enterprise Institute y ex redactor de discursos de Bush, eso “plantea importantes cuestiones estratégicas” (es decir: no nos gusta).¹⁸ El nuevo secretario de Estado estadounidense obtuvo un amplio eco en 2003 cuando dijo que EEUU tiene la intención de “perdonar a Rusia, ignorar a Alemania y castigar a Francia”. Según los autores de un reciente informe del Consejo Atlántico, el Gobierno de Bush considera que Europa está “en libertad condicional”, y su futura posición respecto de Washington depende de que mejore su conducta.¹⁹ Por primera vez desde la II Guerra Mundial, hay voces influyentes que insinúan que una Europa unida sería una amenaza para los intereses americanos y que EEUU debería bloquear su surgimiento.

Por otra parte, los valores comunes de Europa y EEUU sobre los que se basa el razonamiento de Timothy Garton Ash podrían no ser tan comunes como sugiere este autor. En su extendida religiosidad y el lugar que ocupa Dios en sus asuntos públicos, su recelo ante la disidencia, su miedo a la influencia exterior, su desco-

En EEUU hay algo más que neoconservadores y republicanos que no saben nada de nada, y que su actual predominio pasará

¹⁷ De hecho, reproduce un chiste popular: Se prometió a Gran Bretaña que la Tercera Vía de Blair traería universidades estadounidenses y prisiones alemanas; pero lo que está consiguiendo son prisiones estadounidenses y universidades alemanas.

¹⁸ Frederick Studemann, “US Conservatives Cast Wary Eye at EU Treaty,” *Financial Times*, 5 de noviembre de 2004. El nuevo tono de ansiedad ante una Europa renaciente puede encontrarse incluso en augustas revistas de debate sobre política exterior de la corriente dominante. Ver, por ejemplo, Jeffrey L. Cimbalo, “Saving NATO from Europe,” en *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2004.

¹⁹ Ver Bowman Cutter, Peter Rashish y Paula Stern, “Washington Wants Economic Reform in Europe,” *Financial Times*, 22 de noviembre de 2004.

nocimiento de los países extranjeros y su dependencia de la fuerza militar cuando trata con ellos, EEUU sí tiene mucho en común con otros países; pero ninguno de ellos está en Europa. Cuando la ONU aprobó el tratado internacional que prohíbe las minas terrestres en 1997 por 142 votos a favor y ninguno en contra, EEUU se abstuvo; junto con Rusia y algunos países más, aún no lo hemos ratificado. EEUU es uno de los dos únicos países del mundo (el otro es Somalia) que no ha ratificado la Convención de los Derechos del Niño de 1989. Nuestra oposición a la Convención internacional sobre Armas Biológicas la comparten China, Rusia, India, Pakistán, Cuba e Irán.

La abolición de la pena de muerte es una condición para ingresar en la UE, mientras que EEUU ejecuta presos a una escala que sólo igualan China, Irán, Arabia Saudí y el Congo. La oposición estadounidense a un Tribunal Penal Internacional ha recibido el apoyo, en la ONU y otros lugares, de Irán, Irak, Pakistán, Indonesia, Israel y Egipto. La doctrina estadounidense de la “guerra preventiva” ahora encuentra su fraternal equivalente en la “contrarrevolución preventiva” de Moscú.²⁰ Y en cuanto a las propias Naciones Unidas, la joya de la corona de los organismos internacionales creada tras la II Guerra Mundial por una generación anterior de líderes estadounidenses, cuando redacto estas líneas se está organizando desde Washington una insidiosa campaña de muchos decibelios para derribar a Kofi Annan, secretario general de la ONU, y paralizar su institución.

Así pues, ¿qué puede hacer Europa? En primer lugar, resistirse a la tentación de hacer una virtud de las actuales tensiones. No tiene sentido negar su existencia. En épocas anteriores, el papel del “otro” de Europa –el vecino cercano contra el que los europeos miden su propia identidad particular– lo han ocupado Turquía y Rusia; hoy ese papel lo desempeña EEUU. Pero al igual que Garton Ash, creo que sería un error seguir el consejo de Jürgen Habermas de intentar crear la unidad europea en torno a “diferencias de valor trasatlánticas”. Los europeos necesitan sin duda encontrar un propósito y definir su papel común, pero hay formas mejores de hacerlo.

Una de ellas sería seguir adelante con la ratificación de su proyecto de Constitución. Este documento suscita paranoia y ansiedad en Washington (y Londres); pero en realidad es bastante flojo y anodino. En su mayor parte consiste en recetas básicas de procedimientos para tomar decisiones en un engorroso conjunto de más de veinticinco Estados soberanos distintos. La Constitución también refuerza el papel de los tribunales europeos y amplía la competencia transfronteriza de la legislación penal y el orden público (un objetivo totalmente loable para cualquiera que se tome en serio la lucha contra el terrorismo). Pero, aparte de eso, se limita a dar fundamento y aplicación a la pretensión de la UE de “coordinar las políticas económicas y de empleo de los Estados miembros”. No es un documento muy inspirador –su principal redactor, Valéry Giscard d’Estaing, no es Thomas Jefferson–, pero será muy beneficioso en la práctica.

²⁰ La expresión la emplea el asesor del Kremlin Gleb Pavlovski para calificar la estrategia emergente del presidente Putin para abordar los desafíos de “contención” de las fronteras de Rusia. Debo a Ivan Krastev, de la Universidad Centroeuropa de Budapest, esta referencia, en su estudio inédito sobre la “Atracción fatal de Europa”.

Sobre todo, permitirá que Europa siga aprovechando sus puntos fuertes internacionales pese a la obstrucción de EEUU²¹ y a los esfuerzos del Gobierno de Bush para deshacerse de Estados miembros concretos de la UE o presionarlos. La UE no es actualmente sólo un proyecto interesante para un gobierno interestatal sin los inconvenientes de la soberanía supranacional. Europa ha vivido el siglo XX –invasión, ocupación, guerra civil, anarquía, matanzas, genocidio y el descenso a la barbarie– de una forma muy distinta que en otros lugares. Por tanto, para los europeos son más evidentes los riesgos inherentes de una “guerra de elección” (Irak) o del abandono de los organismos internacionales a favor de la iniciativa unilateral, o de una dependencia excesiva del poder militar, que para la mayoría de los demás pueblos: “Los europeos quieren estar seguros de que no hay aventura en el futuro. Ya han tenido demasiadas”.²² EEUU, por el contrario, no ha experimentado directamente lo peor del siglo XX; y por tanto es, lamentablemente, inmune a sus lecciones.

El patriotismo beligerante al estilo estadounidense, como señala Garton Ash, es raro en la Europa contemporánea. Esta aversión hacia la belicosidad va mucho más allá del pacifismo tradicional: los europeos ya no piensan siquiera en las relaciones entre Estados en términos bélicos. Pero con todos los respetos a los críticos estadounidense, esto hace que los europeos y su modelo sean más efectivos, y no menos, cuando se trata de abordar crisis internacionales. EEUU sigue siendo muy bueno en el anticuado arte de hacer la guerra. Pero hacer la guerra es la excepción en los asuntos internacionales modernos. El auténtico desafío es prevenir la guerra, hacer la paz... y mantenerla. Y esto es algo en lo que Europa va a ser cada vez más experta.

Los países de la UE ya proporcionan el mayor número de miembros a las operaciones de paz y a las policías internacionales del mundo. Los europeos tienen una capacidad militar real, si bien limitada, aunque tendrán que dedicar más recursos a la “eurofuerza” prevista de 60.000 hombres para que sea efectiva. Las mejores tropas europeas –por ejemplo, el ejército británico– llevan décadas entrenándose para trabajar con poblaciones ocupadas y en guerra civil, una capacidad de la que increíblemente carece el ejército estadounidense. Pasará mucho tiempo antes de que la UE desarrolle e implante una política exterior común, pero la nueva constitución lo facilitaría, aunque sólo sea con la creación de un ministro de exteriores europeo autorizado para hablar en nombre de toda la unión. Pero cuando finalmente hable con una sola voz en los asuntos internacionales, la UE ejercerá un gran poder.

La razón no es que la UE será rica o grande, aunque sin duda es ambas cosas. EEUU es rico y grande. Y algún día China podría ser más rica y más grande. Europa tendrá importancia por el modelo transfronterizo sobre el que se está construyendo la Europa contemporánea. La “globalización” no se refiere principal-

²¹ EEUU sigue dificultando los esfuerzos europeos para lograr un acuerdo nuclear con Irán. Incluso en esta cuestión tan imprevisible, a Washington le preocupan más los riesgos del éxito de una iniciativa europea que los beneficios de un acuerdo regional.

²² Alfons Verplaetse (gobernador del Banco Nacional de Bélgica).

mente al comercio o a las comunicaciones, a los monopolios económicos, ni siquiera al imperio. Si fuera así, no sería nada nuevo: esos aspectos de la vida ya estaban “globalizándose” hace cien años.²³ La globalización se refiere a la desaparición de las fronteras –fronteras culturales y económicas, fronteras físicas, fronteras lingüísticas– y al desafío de organizar nuestro mundo sin ellas. Como dice Jean-Marie Guéhenno, director de operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU: “Tras haber perdido la comodidad de nuestras fronteras geográficas, debemos redescubrir de hecho qué es lo que crea ese vínculo entre los seres humanos que constituye una comunidad”.²⁴

Para su propia sorpresa y ocasional consternación, los europeos han empezado a hacerlo: a crear un vínculo entre seres humanos que trasciende fronteras más antiguas y hacer de estas nuevas formas institucionales algo que sea una verdadera comunidad. No siempre lo hacen muy bien y hay aún una nostalgia considerable en ciertos sectores por esos antiguos puestos fronterizos. Pero algo es mejor que nada: y nada es precisamente lo que nos quedará si permitimos que los frágiles acuerdos, tratados, organismos, leyes e instituciones internacionales que hemos erigido desde 1945 se corrompan y decaigan; o, lo que es peor, sean destruidos deliberadamente. Tal como están las cosas, la ruptura de fronteras y la creación de comunidades es algo que los europeos están haciendo mejor que nadie. EEUU, atrapado una vez más en lo que Tocqueville llamaba sus “perpetuas declaraciones de autoalabanza”, ni siquiera lo está intentando.

²³ A este respecto, ver los magistrales párrafos iniciales del ensayo de John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, Penguin, Nueva York, 1995.

²⁴ Jean-Marie Guéhenno, *The End of the Nation-State*, University of Minnesota Press, Minnesota, 1995, p. 139.